

FIDEL: NO NOS FALLES

- I -

AHOGADOS por la emoción del triunfo y humedecida de lágrimas nuestra alma por el precio que por él hemos pagado, retornamos de nuevo a nuestra línea de combate periodístico. Nos parece mentira. He aquí a BOHEMIA ¡sin censura! He aquí a La Habana: con su sonrisa azul de nuevo a flor de labio. He aquí a la juventud, dueña de todo, señora de su destino! Pero, ¿cómo ha sido posible? ¿No estaremos soñando?

No lo estamos, claro que no. Nuestro pueblo se puso en pie, decidido a luchar por su libertad, y éste es el fruto. Esos barbudos en las calles, con su aire alegre y sobrio a la vez de milicianos libertadores; esas banderas en los balcones; esa fe en el futuro, esa alegría que se respira de nuevo en un país al que habían sumido en la tristeza, no surgen de milagro. Son un fruto. El fruto de una siembra de libertad hecha con lágrimas y sangre.

A América, que la contempla absorta, Cuba acaba de darle el más alto ejemplo de dignidad y de heroísmo. Los que regresamos del exilio en playas extrañas sabemos del azoro del extranjero. Pero, ¿cómo ha podido hacerse una revolución donde no se daban las "condiciones objetivas"? Pero, ¿cómo pudo triunfarse con una guerra de guerrillas frente a unas Fuerzas Armadas supermodernas, bien pertrechadas de material por los mejores arsenales "democráticos", con un poder de represión fuera de todo cálculo?

Esta era nuestra respuesta:

—Porque ellos tenían la fuerza de los armamentos, pero el pueblo tenía la fuerza invencible de su amor a la Libertad. Era cuestión de tiempo.

Esto, que es el triunfo de las fuerzas morales frente a la conveniencia, el sentido común, la cobardía y el entreguismo, nos parece ser la señal que caracteriza a esta gesta libertadora cuya primera etapa acabamos de culminar. Hubo un momento, antes del desembarco del "Gramma", en que parecía que el tirano lo tenía todo: dólares yanquis para comprar y sobornar; estrellas y entorchados para darse respaldo; mazmorras y prisiones para matar y torturar. Las evidencias eran pesimistas. Nada se podía hacer. Como en Argentina, como en Colombia o como en Venezuela, no quedaba más que un camino: esperar a que las Fuerzas Armadas se decidieran a echarlo por la borda. Y sin embargo, un grupo de patriotas prendió la llama. Los llamaron suicidas, locos e irresponsables. Les auguraron un fracaso rotundo. Les dijeron que sometían la riqueza del país a la destrucción y las vidas de la juventud al más infructuoso de los sacrificios. Pero ellos siguieron adelante. De aquel ejemplo único en América —cuyas repercusiones pronto se sentían— surgió lo que tenemos hoy: un país libre, una tierra maltrecha, pero feliz, un pueblo que se levanta con el puño en alto dispuesto a no dejarse arrebatar más nunca el rumbo de su destino.

UN ARTICULO DE

AGUSTIN TAMARGO

- II -

EL precio que pagó Cuba por esta revolución no es para ser contado, porque las lágrimas, la sangre y la desolación escapan al rigor de los números. ¿En qué hogar criollo no dejó la zarpa de la fiera una señal? ¿En qué indefensión no se cebó? ¿En qué majestad, en qué respetabilidad no hizo su escarnio? ¿Se salvaron por ventura los trabajadores y campesinos? ¿Se escaparon los niños de la vesanía criminal de los sicarios? ¿Quedaron los sacerdotes, los maestros y los ancianos fuera de este anillo de fuego? Nada, nada dejaron sin lastimar y herir. Nada que tuviera el valor de erigirse, la dignidad de no arrodillarse, quedó intacto en esta orfandad de la que no queremos ni acordarnos. Y sin embargo, ¿qué consiguieron con todo ello? Pues lo

dos. El país vital y verdadero, que a veces duerme en las entrañas de la tierra, sintió el llamado del deber frente al anti-país, representado por Batista y su pandilla fugitiva de perros y de ladrones. Ellos no volverán, porque esta etapa ha sido una experiencia y una lección.

Ahora, con el pie en el estribo de la cabalgadura, presto a recorrer el camino de su progreso democrático, es cuando más necesita nuestro pueblo de unas cuantas cabezas serenas y de unas riendas firmes. Las demostraciones de sobriedad dadas por los muchachos del 26 de Julio y del Directorio Revolucionario son el mejor augurio. Con estos hombres rústicos, que no aceptan regalos en las tiendas, ni beben ron, ni se hablan a gritos, ni zoquetean al ciudadano para decirle que no puede pasar, grandes cosas pueden

hacerse, también son cubanos, también son hijos de esta tierra, a la que han devuelto finalmente su alegría. Con ellos es que ha de hacerse la verdadera revolución. Con ellos, con esta juventud, que tiene al fin entre sus manos el poder de moldear el futuro de todos, es que ha de construirse la Patria que los mambises, desde sus tumbas, nos demandan incansablemente desde hace medio siglo. Y no se puede por menos, cuando se les ve el color de la piel, tostada por el sol, y el pelo largo, y la barba crecida, y el aire rústico de quien no ha estado habituado a las delicadezas de las ciudades, que pensar en aquellos mambises que un día, a fines del siglo pasado, también llegaron a La Habana del interior de la isla, con los ojos llenos de lágrimas, a disfrutar de la ganada Libertad.

Ojalá, para bien de Cuba, que no defraudemos a estos mambises de hoy, ni hundamos su obra en la cominería, la traición y la mediocridad, como ya hicimos con aquéllos!

- III -

EN un pequeño grupo de hombres, con Fidel Castro a la cabeza, descansa en estos momentos todo el futuro de seis millones de personas. Nunca, en toda su historia, arribó Cuba a un minuto tan cargado de trascendencia como el actual. El aire está lleno de optimismo. Los rostros muestran confianza. Hemos ganado. Ya se acabó Ventura. Ya matamos a media docena de alimañas. Ya se fugó Pilar García. Ya el SIM, el BRAC y los otros centros policíacos, donde se inventaron torturas que no se le ocurrieron ni a los nazis, no son más que una pesadilla. Ya somos libres. Ya podemos hablar en los periódicos. Pero, ¡cuidado! En esta euforia romántica corre más riesgo la revolución que en los mismos campos de batalla. Lo que no pudieron aplastar los tanques del dictador, ni exterminar sus bombardeos vesánicos, puede aguarlo, dejándolo indefenso frente al enemigo que vela, esa exuberancia retórica a que tan dados somos en los trópicos. Nada de largas declaraciones para fatigar a los lectores de periódicos. Nada de utópicas promesas. Nada de demagogia, funesta como la peor de las tiranías.

Lo que Cuba estaba necesitando, lo ha conseguido al fin: un grupo de criollos jóvenes, a quienes no les tiemble la mano, que corte de raíz los viejos males heredados de la colonia y los otros que nos injertaron en la República. Eliminación de la bolita, reducción del Ejército, democratización de la vida pública, adcentamiento de la hacienda, recuperación de los bienes mal habidos. Todo eso está muy bien, sí. Pero hay que ir más allá. El programa del 26 de Julio, y los enunciados del Directorio, contienen grandes proyectos de profundas reformas económicas y sociales. Hacia ellas tenemos que llegar, o la Revolución se nos hará en seguida rutina y papeleo. Con el espíritu cordial

(Continúa en la Pág. 146)



"Un pequeño grupo de hombres, con Fidel Castro a la cabeza".

contrario de lo que perseguían. Cuando buscaron sumisión, hallaron rebeldía. Donde quisieron hallar cómplices, aunque fuera por omisión, encontraron el fuego vengador que los marco en el rostro. Esas muchachas milicianas con el rifle al hombro, esos niños de traje color de olivo y rojinegro brazaletes que rondan las calles de La Habana son la mejor respuesta: el crimen despertó al país hasta en sus estratos más tiernos y delicados.

hacerse. ¿Qué distintos son estos hombres de aquellas fieras estupidas, de caras hoscas y manazas al cabo de la pistola, que nos vejaron y nos atropellaron durante tanto tiempo! ¡Qué diferentes estos muchachos sanos, estos criollos de tierra adentro, finos y corcosos, de aquellos pistoleros de alquiler que no parecían haber nacido de mujer, pues ni ante las mujeres se detenían!

Pues, estos hombres, amigos que